

bían llegado á comprender las miras de Napoleón, bien expresadas desde que en Orizaba lanzaron su proclama los plenipotenciarios franceses después de romper los tratados de la Soledad; si en ellos no hicieron impresión ninguna las palabras que en aquella ciudad dirigió Forey al Obispo Ramírez, ni el contenido de su manifiesto; ni las declaraciones y sarcasmos de *L'Estafette*, ni la proclama de Bazaine, ni las resoluciones de la Regencia, ni los artículos del *Diario Oficial*, ni los desaires hechos al arzobispo, etc., etc., hay que reconocer en esos hombres una ceguedad incurable que no les permitía distinguir la luz de las tinieblas.

“El engaño no procedía de Napoleón; partía de ellos mismos, que contra toda evidencia, ignorando el espíritu de la época, olvidando las lecciones de su propia historia, encerrados en el obscuro y estrechísimo círculo de sus preocupaciones, se imaginaron que el monarca francés y el archiduque austriaco les servirían de instrumento manejable para satisfacer sus odios, asegurar sus intereses y perpetuar las tradiciones coloniales, corregidas y aumentadas con la omnipotencia clerical desarrollada en el México independiente.

“Los conservadores habían sido cogidos en sus propias redes: caían postrados bajo el golpe que asestaban á sus enemigos, y al doblar la rodilla ante el elegido por sus notables, adoraban lo que habían querido quemar, pues á la luz de sus principios y usando de su lenguaje, Maximiliano y Napoleón no eran ni podían ser á sus ojos más que demagogos coronados.”<sup>1</sup>

Y si la cuestión política se presentaba tan amenazadora, la económica no le iba en zaga, como pasamos á demostrarlo, aunque muy sucintamente, para no engolfarnos en un asunto cuyo amplio y completo desarrollo nos obligaría á escribir una obra mucho más grande que la presente.

Queriendo dar una muestra, se dice en los considerandos del decreto, de fidelidad á los compromisos contraídos por los gobiernos anteriores, y al mismo tiempo que asegurar los recursos necesarios para la marcha de los servicios del naciente “Imperio,” uno de los actos del nuevo Soberano fué el de contratar en París un empréstito de doscientos millones de francos.

<sup>1</sup> México á través de los siglos, tomo V, pág. 634 y 635.

Los gastos extraordinarios de la monarquía comenzaron por los honorarios ó sueldos ministrados á los individuos que compusieron la Comisión de Miramar; y continuaron en vasta escala con los erogados en el Palacio de México, en la compra de muebles y reposición del edificio, pues los regentes luego que se instalaron como Gobierno, se rodearon de gran pompa militar y empezaron á hacer un alarde desmesurado de grandeza; siguiendo esos gastos en amueblar varias casas en el camino que habían de recorrer los soberanos, y en la serie de fiestas con que se les recibió, <sup>1</sup> siendo, por lo tanto, muy crecidas esas erogaciones, pues además del lujo aparatoso que exigía el trono, Maximiliano era muy afecto á la ostentación y al despilfarro y nada inteligente en administración y en materias hacendarias; razón por lo que los fondos agenciados de la manera dicha, desaparecieron rápidamente sin haber proporcionado los recursos y ventajas que era de esperarse, como puede verse plenamente comprobado, teniendo á la vista los notables trabajos del hábil economista Payno y las excelentes Revistas del eminente juriconsulto Iglesias.<sup>2</sup>

Sin embargo, no creemos fuera de lugar hacer la siguiente declaración:

Dice Arrangoiz que para nada se contó con ningún mexicano en los arreglos hechos con los antiguos acreedores ingleses, ni en el onerosísimo empréstito nuevo que contrató el Conde de Zichy, quien debió tan ilimitada confianza, y la buena comisión que le produjo el negocio, al favor que gozaba cerca del Archiduque; y que aunque aparecen dos mexicanos, firmaron como en *un barbecho*, después de ter-

<sup>1</sup> De la interesante obra de D. Manuel Payno que tenemos ya citada, y de cuyo precioso trabajo seguiremos aprovechándonos, tomamos las siguientes cifras que manifiestan lo que hasta la fecha de nuestro relato llevaba gastado México en el establecimiento del nuevo régimen:

Ministrado á varias personas para procurar la venida del Emperador.....	\$ 104,902.32
Gastado en muebles y obras en el Palacio Nacional, de Junio de 1863 á Junio de 1864.....	„ 101,011.83
Muebles y objetos comprados para el Palmar y Orizaba.....	„ 15,210.50
Gastos erogados de Veracruz á México en la recepción de Maximiliano.....	„ 115,348.41
Suma.....	\$ 336,473.06

Payno. Cuentas y gastos de la Intervención francesa y el Imperio.

<sup>2</sup> Iglesias. Revistas históricas.—Tomo 2º.—Páginas 341 hasta la 345, inclusive.

minado el negocio, sin que se les pagara comisión ni se les dieran las gracias.

Y en seguida agrega:

“Para rectificar ciertos hechos y refutar indignas suposiciones respecto de algunos honrados mexicanos, relativas á ocho millones de francos de este empréstito, debo consignar aquí que se los llevó á Maximiliano M. Blanqui, francés, futuro secretario de la comisión de Hacienda en París, los cuales eran para S. A. I. *exclusivamente*, sin aplicación más que á gastos particulares de su persona. Ningún mexicano recibió suma alguna.”<sup>1</sup>

El 14 de Abril se embarcaron los archiduques á bordo de la *Novara*: llegaron el 18 á Civita Vecchia, y el mismo día á Roma, yendo á alojarse en la casa de Gutiérrez Estrada, en donde los visitaron el Rey de Nápoles y el Cardenal Antonelli. Créase que ese viaje tendría como principal objeto el arreglo de la *candente* cuestión religiosa; pero no fué así: todo se redujo á visitar á Pío IX, oír misa en el Vaticano y recibir la comunión de manos del Pontífice, que estaba tomando una activa y eficaz cooperación en los asuntos políticos de la República.

El 20 siguieron su viaje para México: acompañaban á los príncipes formando su imperial séquito, D. Joaquín Velázquez de León, ministro de Estado; D. Angel Iglesias, Secretario de S. M., y que lo había sido de la Diputación mexicana; la Condesa Collonitz, el Conde y la Condesa de Zichy de Vasonykece, hermana del Príncipe de Metternich; el Conde de Bombelles, el Marqués de Corio, Sebastián Schertzenlechner; Félix Eloin, que hizo un gran papel en la mascarada imperialista, y Fray Tomás Gómez.

El Marqués de Corio había sido gentil-hombre de la Emperatriz, y el Conde de Bombelles, capitán de fragata, ayudante del Emperador.

Dejemos á éste y á su brillante séquito, surcar inopávidos las ondas del Atlántico, para venir á establecerse á un país desconocido, preocupados sólo del único deseo, ó más bien propósito firmísimo de esquilmarlo, y su jefe, de expedir leyes fastuosas é impracticables, para producir el caos político y administrativo en una corte improvisada,

<sup>1</sup> México desde 1808 hasta 1867.—Parte 3ª.—Capítulo III.—Página 190.

en ruina desde sus principios, y muy competente para precipitar la caída del llamado Imperio en vez de consolidarlo.

De su arribo á las playas mexicanas y de todo lo demás, relativo á su llegada al país de Moctezuma, nos ocuparemos en su oportunidad.

